

quistadores, contra la Inquisición, contra Fernando VII... enemigos respetables si los hay. Yo he dicho en cierta ocasión:

¡Oh!... ¡quién me diera de la antigua fama  
digno un lugar, en que la estéril vida  
rendir en feudo á patria, Dios y dama!  
¡Quién el desierto de la edad perdida  
poblar pudiera de esforzados hechos,  
dignos de un alma á batallar nacida!

Yo he suspirado, en fin, por trágicas situaciones, lamentando no haber nacido en Polonia, en Hungría ó en Venecia. ¡Ah! en estos pueblos es imposible el ocio del alma. El amor y el odio tienen grandes objetivos. El esfuerzo individual halla dispuesto un gran teatro y puede prometerse un noble premio. La vida y la muerte encuentran á cada instante un empleo digno, que á cualquiera le es dado alcanzar, con aplauso de Dios y de la patria.

Ahora bien: la esclavizada Verona reproduce en mi imaginación todos mis sueños de conspiraciones, luchas, cárceles, tormentos y patíbulos.

Aquí reina un despotismo serio, dramático, pavoroso.

Así eran la España de 1809, invadida por Napoleon, y la España de 1824, dominada por el absolutismo. Tal se encontraba la Francia en la época del Terror.

Estas ideas, confundiendo con otras, me han hecho pensar en el Santo-Oficio, en la Vendée, en las crueldades marroquíes, en Antonio Perez, en la Ley de sospechosos, en el 2 de diciembre, en el *orden* de Varsovia, en la Saint-Barthelemi, en Silvio Pellico, en Savoranola y en otros muchos horrores y heroicidades. Y uniéndose esto á cierto drama que yo ví cuando era niño, titulado *Jusepo el Veronés*, y al *Congreso de Verona*, que produjo la gran iniquidad de 1823, y al fúnebre desenlace de *Romeo y Julieta*, y al recuerdo de la familia *Scala*, que tantas atrocidades hizo aquí, y á todo lo que se cuenta de las prisiones y persecuciones que en estos días tienen lugar contra los pobres veroneses que aman el dulce nombre de *Italia*, me hace pasar una noche que no olvidaré jamás y que con sobrada razón he llamado *noche lúgubre*.

## II.

*Redeunt spectacula mane.*—El palacio *Giusti*.—Un paseo por Verona.—Otro anfiteatro.—El sepulcro de Julieta.—Paso por Pádua.—Aire de mar.—Venecia á lo lejos.—Llego á Venecia.

Son las doce de la mañana; de una mañana hermosa, templada, refulgente, rica de sol y de alegría.

El cielo está azul; el aire sosegado; mi espíritu tranquilo.

La fiebre y sus visiones desaparecieron con la noche y sus tinieblas.

Me encuentro en los jardines altos del soberbio palacio *Giusti*, que dominan á toda Verona.

El día está tan claro que distingo desde aquí un horizonte de veinte leguas.—El *Adige* reluce por todas partes, como una inmensa serpiente de plateadas escamas que se desliza ondulando por la amplísima llanura.—Allá, hácia el Norte, se perciben las ásperas montañas del Tirol.—Por la parte del Sur y Levante, el terreno se inclina suavemente, adivinándose ya su muerte en el Adriático.

A mis pies se estiende la ciudad, coronada de torreones, cúpulas y campanarios, y atravesada por el ancho río, cuyo magestuoso curso cortan cinco puentes. A mi alrededor se levantan árboles seculares, viejas estatuas, escaleras de mármol que conducen de un jardín á otro, y un palacio del siglo XIV que pudiera pasar por prisión y fortaleza.

Imposible parece que Shakspeare escribiera su gran tragedia sin haber venido á Italia, sin haber estado en Verona, sin haber visto este palacio.—En estos jardines, llenos de fúnebres cipreses y rodeados de altos muros, se respira no sé qué romántica tristeza semejante á la que domina á todos los personajes de *Romeo y Julieta*.—El mismo alborozo con que cantan los pájaros, rien las aguas y abren sus cálices las flores, infunde un hondo terror, cual si se adivinase que los encantos del amor y de la belleza han de vivir cautivos y atormentados en este severo recinto.

Mas no creais por esto que el palacio *Giusti* tiene relación alguna con aque doloroso drama.—La casa de Julieta, al decir de los veroneses, se encontraba situada al otro lado del *Adige*, sin que se designe el sitio.—No sucede lo mismo con su sepulcro, al cual haremos luego una visita, siempre bajo la fe de la tradición.

También recuerda este palacio aquellos famosos tiempos de Verona en que reinaba en ella el *Can grande de la Scala*, jefe del partido gibelino y amigo y protector de Dante.

Los *Scala* fueron en la historia de Verona lo que los *Visconti* en la historia de Milan: los verdugos de la ciudad y la gloria y la grandeza del Estado.

Para venir desde el hotel hasta aquí, he seguido el camino mas largo, deteniéndome en calles y plazas, penetrando en algunas iglesias y procurando sentir y comprender los principales caracteres de Verona.

Al mismo tiempo he rescatado mi pasaporte.

Verona, á pesar de sus 50,000 habitantes, de su gran importancia militar y nobles recuerdos históricos, pasaria hoy á los ojos de un hombre práctico, por una capital pobre y fea.

Para mí, su pobreza y su fealdad constituyen todo su mérito. Verona es una ciudad de la edad media, alumbrada por el sol del siglo XIX.

Los tiempos modernos no han dejado en su fisonomía otra huella de su paso que la vejez y la tristeza.—Parece, pues, un ilustre señor arruinado, pero no degradado, que soporta orgullosamente su miseria sin descender á oficios indignos de su elevada clase.

Bien sé que la postracion y marasmo de Verona no proceden de semejante orgullo, sino de la fúnebre apatía que es consiguiente á su posicion de esclava; pero el resultado es el mismo, y mi comparacion queda siempre en su lugar.

Las calles de Verona son por lo regular anchas y largas, y rara es aquella en que no se ve mas de un antiguo palacio de melancólico aspecto, cuya portada gótica (pero de un gótico lombardo), ó del Renacimiento, ó bizantina, contrasta amargamente con los vidrios rotos de los balcones, con las apollilladas maderas de las puertas y con la humilde condicion de sus actuales moradores.

En la *Plaza de los Señores* he visto el antiguo palacio de los *Scala*, convertido hoy en casa municipal, y el palacio del *Consejo*, adornado con las estatuas de los veroneses célebres, entre los cuales se cuentan hombres tan insignes como Cornelio Nepote, Catulo y Plinio el Joven.—¡Bien podían los modernos haber añadido una escultura mas, en honor del grande artista *Pablo el Veronés*!

La *Piazza delle Erbe* (*Plaza de las yerbas*) me ha llamado aun mas la atencion, por el sello de antigüedad que conservan todos los edificios. La fachada de la mayor parte de las casas particulares está pintada al fresco. En un lado se ve la *loggia* de los mercaderes, ó sea la alhóndiga, ó la lonja, edificada en el siglo XIII. En otro se levanta el palacio de los célebres *Maffei*, donde nació hace dos siglos el mas insigne individuo de esta familia, el marqués Francisco Scipion, capitán y literato muy famoso.

Hay todavía en Verona otra plaza notable, la *Piazza Bra*, en la cual no he estado todavía, pero á la que he de ir forzosamente; pues en ella se levanta el tan celebrado anfiteatro romano, conocido con el nombre de *l'Arena*.

Además de ese monumento, encierra esta ciudad otros muchos que acreditan el alto grado de importancia que alcanzó en los grandes tiempos de Roma.—Entre ellos merecen citarse la *Porta Borsari*, arco de triunfo que se encuentra en medio del *Corso* (calle principal que sirve de paseo á la aristocracia veronesa), y *l'Arco de Leoni*, que se cree erigido por Vespasiano.

En cuanto á las iglesias de Verona, que pasan de cincuenta, y de las que, como os he dicho, he visitado algunas esta mañana, son dignas de toda la atencion del viajero por su venerable antigüedad. Ellas solas bastarian para resolver muchos problemas de la historia del arte, y aclarar el caos de aquella época en que el sentimiento cristiano buscaba su espresion en la arquitectura *lombarda*, asimilándose y purificando los corrompidos restos de la antigua forma clásica, adulterados al chocar con el gusto bizantino, y pugnando por fundirlos con el estilo gótico, floreciente en Alemania.

Lo mas notable que encierra Verona en este género es la iglesia de *San Zenone*, fundada por Pepino, restaurada en el siglo X y reedificada, tal como se halla hoy, á mediados del siglo XII.

Pero es cerca de la una, y á las dos sale el tren para Venecia, á donde llegaré esta tarde á las seis.—Aprovechemos esta hora en ver el anfiteatro y la *tumba de Julieta*, y partamos.

Estoy en la *Arena*, que como os he dicho, se halla situada en la plaza *Bra*.

Esta plaza constituye el centro de Verona, y se comunica con el *Stradone de Porta Nuova*, ancha y hermosa calle formada por palacios y jardines.—Adornan la plaza dos cuarteles monumentales, uno antiguo (*Gran Guardia antigua*) y otro moderno (*Palazzo de la gran Guardia*), así como un bello teatro, precedido de pórticos llenos de preciosidades arqueológicas, que hacen de aquel lugar un verdadero museo.

En cuanto al *anfiteatro*, en cuyas gradas mas eminentes estoy sentado escribiendo estos apuntes (como hace dos días en la *Arena* de Milan), es una imponente y grandiosa construccion que respira aquella magestad cesárea peculiar de las grandes obras de los romanos. Su forma es elíptica, y el gran diámetro no baja de 450 pies. Hasta hoy se han hundido dos pisos y con ellos todos los palcos, quedando solamente cuarenta y cuatro gradas de mármol blanco en que caben 22,000 personas.

Tan sensible ruina ha provenido de la funesta idea que tuvieron los veroneses hace algunos siglos, de levantar tiendas y hasta habilitar casas sobre este colosal cimiento,—casas y tiendas que no desaparecieron hasta hace 200 años. Hoy habita todavía alguna gente en los vomitorios y en las galerías bajas; pero sin que le sea permitido á nadie añadir ni quitar una sola piedra á tan augusto monumento.

Dos mil años de fecha cuenta esta obra portentosa, y aun parece recién construida en su mayor parte, causando asombro la solidez y atrevimiento de sus arcos y galerías. Puede, pues, asegurarse que seguirá de pie miles y miles de años, si la barbarie ó un cataclismo no la destruyen, y respétasela tanto por lo que ha visto en veinte siglos de existencia pasada, como por lo que le resta que ver en las edades futuras.

¡Quién sabe cuántos monumentos, cuántos palacios, cuántas ciudades que hoy se levantan, se borrarán sobre el haz de la tierra antes que acabe de sepultar su frente en el polvo este gigante moribundo!

Para imaginárselo, basta pensar en las cosas que han nacido y han muerto desde que esta dilatada gradería recibe la visita diurna del infatigable sol.

Por lo demás, yo me he complacido mas de una vez desde que me senté en estas gradas, en figurarme el anchuroso circo poblado por los 50,000 espectadores que cabian en él, y he creído verlos, sentados á la sombra de cortinajes de seda, vestidos con la túnica y el manto, descubierta la frente, hablando el latin, nuestra materna lengua, en tanto que de las 24 prisiones que acabo de visitar iban saliendo los esclavos, los criminales ó los cristianos destinados á las fieras, que bramaban hambrientas en sus jaulas...

Y recordando nuestras fiestas de toros, he escuchado, sin hacer un gran esfuerzo de imaginacion, el vocerío de la muchedumbre, el grito del condenado, el rugido del tigre que se lanzaba sobre él, el atronador aplauso, el alarido de las trompetas...

Y luego, en un tiempo dado, he visto desaparecer aquellas gentes, y reinar

el silencio y la soledad en el anfiteatro, y crecer la ociosa yerba entre los mármoles, y aparecer por un vomitorio una procesion de hombres pálidos y tristes, vestidos ya de otra manera, que paseaban solemnemente una cruz por uno y otro corredor, por las gradas, por los acueductos que servian para los juegos navales, por las prisiones empapadas de lágrimas, por la arena empapada de sangre, y por la tribuna que profanó la crueldad bajo la investidura de la justicia...

Todo esto he creído ver.

Y despues he visto, no ya con la imaginacion, sino con los ojos, otra cosa que me ha hecho reir homéricamente y que merece ser contada.

Es el caso que en medio de la arena del circo se ha construido modernamente un teatro, improvisado con madera y lienzo, en el cual, á lo que me han dicho, se representan pantomimas los domingos por la tarde.—Una tercera parte de las gradas tienen vista sobre el escenario, y en ellas se coloca la plebe. En el espacio que media entre el teatro y las gradas hay algunas hileras de sillas en que se sientan las personas de mas suposicion. Y por último, desde el proscenio hasta la circunferencia del circo avanzan divergentemente dos galerías, cubiertas de tejas, en que se hallan los palcos de la aristocracia. Un insignificante corredor del colosal edificio sirve de café, y aun resulta grande para tal uso.

Cualquiera diria que un espíritu burlon ha concebido la idea de este coliseo para establecer un contraste entre los pasados y los actuales tiempos de Verona.—Esta *rebanada* (permitidme la palabra) del antiguo anfiteatro, sirviendo para contener un templo de las artes modernas y al público veronés de hoy, es la mas cruel irrisión que puede hacerse del destino de algunos pueblos y de las vicisitudes humanas.

Aparte de esto, las galerías inferiores sirven para almacenes de heno y paja de la caballería tudesca. En otro lado se ve un gran depósito de leña, de donde creo que se surte toda la capital. Y sin embargo, el edificio es tan inmensurable, que con encerrar tantas cosas, resulta todavía desierto y desocupado.

Para venir del Anfiteatro á la Tumba de Julieta he pasado por una hermosa calle, en la cual he visto asomadas á los calados balcones de renegrido mármol, ó á las ferradas rejás, algunas *Julietas* de nuestros días, vestidas de tartan y de otras humildes telas ahora en uso.

Entre estas Julietas habia una tan hermosa como pudiera serlo la de Shakspeare, y su vista me ha hecho el mismo efecto que la del sol contemplado desde las gradas de *l'Arena*.

El sol, tan jóven y amoroso hoy como lo era hace veinte siglos, contrastaba con las obras del hombre, cuya vida es una continua muerte, y para las cuales existir es envejecer y aniquilarse. La tremenda cifra que marca la edad de aquel monumento está escrita con el polvo de cien generaciones. Nada de lo que *fué* cada día, *era* ya al día siguiente. Las olas humanas habian pasado sobre el edificio para nunca mas volver. Solamente el sol volvía constantemente y volverá hasta el fin de los siglos. El tiempo es siempre nuevo.

Pues lo mismo acontece con el amor.—El amor, que se creeria enterrado con *Romeo, París y Julieta*, ha vuelto todos los años sobre Verona, y ha inflamado nuevos corazones. La esperiencia no se hereda, y los desengaños de un alma no son parte á impedir que las rosas de la ilusion broten en los adolescentes que sin cesar vienen á la vida. Sobre el cadáver de la beldad revolotean los céfiros creados por los suspiros de otros amadores, como el sol alumbra las ruinas de lo que no existe hace mucho tiempo.

¡Oh primavera, juventud del año;  
juventud, primavera de la vida!...

La bella adolescente que acabo de admirar, es el sol del amor que vuelve al mundo, y el corazon de algunos hombres se parece á las ruinas del anfiteatro.

La tumba de Julieta, ó sea el sepulcro vacío de granito rojo, que al decir de todo Verona, encerró el cuerpo de aquella infortunada amante, se encuentra hoy en un establo vecino á un jardín, que fue en otro tiempo cementerio de un convento de franciscanos.

Este convento, al que perteneció indudablemente aquel bondadoso fraile que protegía á Julieta (el padre Lorenzo, si no recuerdo mal), es hoy cuartel de los ingenieros austriacos.

El jardín pertenece á unos pobres hortelanos que le obligan á criar lechugas y calabazas. Algunos parrales, que lo hermosearian antiguamente, yacen ahora por tierra. Las flores, desterradas por la horticultura, se han refugiado en algunos rincones, al pie de las tapias, donde viven y aman tímidamente, sin incomodar á nadie.

Un niño de ocho á nueve años, hijo del dueño de la huerta, sirve de conserje del establo en que se halla el sepulcro, y es el encargado de mostrar y explicar á los viajeros aquella venerada peña, que ciertamente, no sé yo por qué es objeto de tan solemnes peregrinaciones.—¿Pues qué? ¿El amor ha muerto?

Yo comprendo que se visiten las ruinas de pasadas instituciones, de hundidos imperios, de civilizaciones desvanecidas... y las tumbas de los conquistadores, de los artistas y de los sabios... ¡Pero visitar el sepulcro de una enamorada cualquiera, de una mujer vulgar, sin importancia histórica, desposeída hasta de virtud... ¡y todo porque amó mucho, y porque dos hombres murieron por su amor!...—¿*Ubinam gentium sumus?*

¿Pues qué?—vuelvo á decir.—¿Es esto monumental? ¿Es esto antiguo? ¿No pasan hoy cosas semejantes? ¿Pertenece esto á la arqueología?

Acabamos de convenir en que no: acabamos de consignar que hoy se ama y que se amará siempre, á pesar de las predicaciones de lord Byron y compañía...

Pues entonces, ¿en qué consiste, de qué proviene el culto que se rinde al sarcófago de Julieta?

No nos hagamos ilusiones.—La importancia de esta jóven no está en ella misma, sino en ser heroína de una tragedia de Shakespeare, del primer autor

dramático del mundo.—El homenaje que los viajeros tributan á este sepulcro, pertenece por entero al gran poeta.

Por eso me importa muy poco á mí que sea ó no auténtica esta piedra.—Y en cuanto á lo demás,—suponiendo que lo sea,—¿cómo he de conmoverme en presencia de una fosa vacía, yo que he tenido ayer entre las manos las hebras de oro de la cabellera de Lucrezia Borgia?

Sin embargo, no todo el mundo piensa de esta manera, ni yo mismo estoy seguro de no haberme engañado.

El tierno guardian del amatorio monumento me ha dicho que la archiduquesa María Luisa (la viuda de Napoleon I), se hizo labrar un collar y unos brazaletes con granito de este sepulcro, y que todas las damas sentimentales de Verona llevan entre sus dijes un pequeño sarcófago de la misma materia, pagada á peso de oro por los *touristes* ingleses.

Háse, pues, prohibido rigorosamente por el gobierno austriaco semejante comercio, sin lo cual ya se habria ido todo el sepulcro en cataduras.

No obstante (y sentiré que esta declaracion mia pare perjuicio al hijo del hortelano) yo he entrado en codicia, á causa quizás de la misma prohibicion, y llevo en el bolsillo un pedazo muy regular de tan codiciado tesoro, con el cual pienso hacer un tintero.

Por lo demás, este pobre muchacho, que penetra en la vida pronunciando á todas horas y sin comprenderlas las dos palabras sacramentales de los humanos destinos—*amor* y *muerte*, sabe de memoria el argumento de la tragedia del inmortal Guillermo, y cuenta las cosas con tanto aplomo, inocencia, naturalidad y gracia, que hay momentos en que cree uno que Capulet, Montaigu, Scalus, Baltasar, Mercutio y Gertrudis existen todavía; que Romeo, Julieta y París murieron hace dos ó tres años, y que este chico se acuérda vagamente de ellos y de su trágico fin, como de una cosa que sucedió cerca de su cuna.

—¿Ve usted en aquella tapia?—dice el rapaz con su voz argentina.—¿Ve usted allí unas piedras desmoronadas que dejan una brecha en el muro?—Pues por allí entró Romeo en el cementerio.

Yo hubiera creído mas bien que aquella brecha la han abierto los merodeadores que vienen á robar las frutas y las legumbres de esta huerta.

—¿Ve usted estos agujeros del sepulcro?—prosigue el muchacho.—Pues se hicieron para que respirase Julieta, la cual, como usted sabe, no estaba muerta cuando la enterraron, sino solamente narcotizada. ¿Ve usted esta ligera concavidad? Pues este era el lugar de la cabeza.

Yo empezaba á sospechar que este llamado sarcófago no era ni habia sido otra cosa que una pila destinada á bañarse, y que los agujeros en cuestion habian servido para llenarla de agua.

Sin embargo, creo á puño cerrado todo lo que me dice mi gracioso *cicerone*.

En medio del ex-jardin, bajo una medio hundida glorieta, formada por vi-  
des y calabazas muy gordas, se ve el sitio que ocupó antes el sepulcro.

Al sacarlo, ha quedado una especie de estanque, lleno de agua hasta la mitad. ¿Son las lágrimas de los peregrinos? ¿Es la lluvia del cielo?

Aunque Verona no es el lugar mas á propósito para que un español recuerde con gusto á Chateaubriand, no puedo menos de repetir aquí las patéticas palabras con que termina *El Ultimo Abencerrage*:

«Aquel monumento (la tumba de *Aben-Hamet*) es muy sencillo: la piedra sepulcral es toda lisa, sin adorno ni inscripcion: solamente en medio de ella, segun una costumbre antigua de los moros, hay una especie de concavidad, cortada á propósito con el cincel á manera de una pila. El agua de la lluvia se recoge en el fondo de aquella copa fúnebre; y en aquel clima ardiente, las aves del cielo bajan allí á aplacar su sed.»

¡Gran noticia, lectores!—Estamos en marcha para Venecia.

Nada podrá ya detenerme.

Pasaré por Vicenza y Pádua sin hacer alto, y eso que Pádua me interesa vivamente.—Pero ya la veré cuando vuelva de Venecia con direccion á la Romaña.

Al salir de Verona, el tren ha cruzado el *Adige* sobre un magnífico puente.

Luego hemos visto á la derecha los baños de Caldeiro, en cuyas cercanias han combatido muchas veces á principios de este siglo Francia y Austria, y se cubrió de inmarcesible gloria el general Massena.

Mas adelante hemos saludado los célebres campos de Arcole, regados tambien de sangre austriaca y francesa, y una de las páginas mas brillantes de la historia de Napoleon I.

Despues hemos pasado cerca de dos castillos ruinosos, situados sobre dos colinas gemelas que se miran frente á frente, y que, segun la tradicion, son las antiguas moradas de las dos familias enemigas de Romeo y Julieta, de los *Montaigu* y los *Capulet*, ó sea de *Capulletti e Montechi*, como se dice en la ópera.

Ahora, en fin, nos encontramos parados al pie de *Vicenza*.

*Vicenza* es famosa en la historia del arte por ser cuna y contener las principales obras del inmortal *Palladio*, arquitecto ilustre que fijó el gusto vacilante del Renacimiento y sirvió de modelo y guia á la arquitectura moderna.—Yo siento en el alma no ver los palacios y las iglesias que constituyen la gloria de ese artista; pero consuélame de todo la idea, que ya no me abandona ni un instante, de que dentro de tres horas habré surcado la laguna en que se asienta Venecia y me pasearé ufánamente por la plaza de San Marcos...

Despues de algunos minutos de detencion, durante los cuales nos dejan algunos compañeros de viaje é ingresan en el tren otros nuevos, silba el pito de la locomotora, óyese cerrar apresuradamente todos los coches y seguimos nuestro camino.

Al cabo de una hora de atravesar como un relámpago por fértiles campiñas, llenas de quintas y de aldeas, y por dos largos túneles, y sobre algunos riachue-

los, volvemos á hacer alto, y un empleado del ferro-carril grita con voz estentórea:

—¡Padova! ¡Padova! ¡Cinque minuti!

—¡Pádua! ¡La ciudad de San Antonio! ¡La ciudad de Angelo, tirano de idem! ¡La patria de Tito-Livio! esclamo yo, consultando apresuradamente mi memoria.

Y miro por las ventanillas del coche, y solo veo una estacion como cualquiera otra, á la derecha del camino de hierro, y detrás una carretera, y luego un collado en que aran algunos labradores, y en último término unas voluminosas cúpulas, doradas por el sol poniente...

Aquella es Pádua...—Yo volveré dentro de algunos dias.

Tornamos á caminar.

El terreno se baja progresivamente. Algunos canales se dirigen hácia Levante. A lo lejos se abre un horizonte profundo...

Nos acercamos al Adriático.

Al ocultarse el sol pasamos el melancólico *Brenta*, cuyas aguas van á alimentar la *fatal laguna*.

Sucédense los pantanos; escasean las tierras cultivadas; ya no se ve humana vivienda por ninguna parte...

Los tristes resplandores del crepúsculo se pierden en la monótona soledad...

Ya respiramos el ambiente marino.—Acérase la noche...

*Mestre* es la última estacion de tierra firme.

En la pequeña ciudad que lleva este nombre, empiezan ya á encender el alumbrado...

Es noche completa.

Al salir de *Mestre*, pasamos al lado de algunos fuertes.

Luego vemos blanquear el terreno á derecha é izquierda del camino...

—¿Qué es eso que blanquea? pregunto á un compañero de viaje.

—Es agua, me responde.

En efecto, aquello es agua... alumbrada tenuemente por la luna.

Hemos entrado en el magnífico viaducto de una legua de largo que une á Venecia con el continente.

En otro tiempo ya habríamos tenido que tomar un barco para llegar al archipiélago que constituye la ciudad.

Hoy pasa el ferro-carril por encima de las aguas como el pueblo hebreo sobre el Mar Rojo.

Este itmo artificial es una de las obras mas atrevidas que existen en Europa.

¡Y qué emocion causa sentirse llevado con tal violencia y como por arte mágica, sobre la estension de las olas!—A cualquier parte que se mire, no se ve mas que agua; agua sin fin por la izquierda; agua y mas agua á la derecha; agua delante y detrás de la locomotora...—Y sin embargo, esta ruge, y camina, y devora la distancia, arrastrando su formidable séquito de wagoes y reflejando la

lumbre del fogan y la luz rojiza de sus linternas en el unido cristal de la plácida laguna.

Entre tanto empíezase á ver surgir del plateado horizonte una fulgente constelacion de luces, que forma como un inmenso collar de topacios, cuyos reflejos tiemblan sobre las olas...

Luego se destacan sobre el estrellado cielo algunas pardas sombras de cúpulas y campanarios...

Despues se distinguen ya los cristales de los balcones, irradiando ora la blanca claridad de la luna, ora la luz dorada que brilla en cada aposento.

Todo aquello parece un colosal navio de ébano, plata y oro, ó un fantástico alcázar en que los resplandores de una maravillosa fiesta logran hacer mas bella que el dia la lúgubre oscuridad de la noche...

¡Es la esposa del mar; es la reina del Adriático; es la ciudad de los *Dux*; es *Venecia*!

En esto desaparece tan espléndida vision, y penetra el convoy en un vasto recinto cubierto de hierro y de cristal é iluminado intensamente por colosales faroles.

—¡*Venezia*! ¡*Venezia*! gritan los empleados del camino de hierro, con la misma indiferente tranquilidad y rutinario tono con que pudieran decir:—¡*Getafe*! ¡*Getafe*!

VENECIA—leo yo en el muro de la estacion.

Y por donde quiera que miro, solo veo mozos, polizontes, empleados, carbon de piedra, reverberos, máquinas, cochés, el *buffet*, el *café*, las oficinas, el despacho de billetes, el salon de equipajes, y otras cosas por el estilo.

Esto me desespera.

—*Signor*... ¿*Vuole una gondola*? me dice al fin un muchacho que parece tomado de la *Consuelo* de Jorge Sand.

¡Una *gondola*!... Esta palabra me vuelve todas las ilusiones que empezaba á perder.

—¡Sí... sí!... le digo,—añadiendo para mi capote:

—Huyamos pronto de esta realidad prosáica. Busquemos la soledad en las lagunas. Entremos en Venecia á nuestro modo.

Y mientras hablo así, el reloj de la estacion marca las siete de la noche...

En Madrid serán las cinco y media de la tarde...

Esto es ya estar en Oriente.

### III.

#### Primer paseo por Venecia.

Quisiera yo al llegar á este punto poseer la sagaz observacion de un diplomático inglés, y una máquina fotográfica en lugar de un lápiz y una cartera, para coger y reproducir todos los pormenores y accidentes de la entrada del viajero